

LXXVIII.

Selva de encinas negras y jarales
Tendíase ancha allí, de agrios abrojos
Ceñida, y de espesísimos breñales:
Rara trillada senda ven los ojos
En medio de sus calles naturales.
Euríalo, á quien pesan sus despojos,
Y los ramos asombran del recinto,
Piérdese en el confuso laberinto.

LXXIX.

Niso huye, huye impróvido, y ya fuera
Va del alcance de enemiga mano,
El campo atras dejando en su carrera
Que por Alba despues nombróse *Albano*:
(Campo del rey Latino entónces era,
Y en él grandes majadas). ¡Ay! en vano,
Cuando hubo de parar, buscó al ausente
Amigo, y dijo al fin con voz doliente:

LXXX.

«¡Euríalo infeliz! ¡yo te he dejado!
¿Por dónde, ¡ay triste! he de seguirte ahora?
¿Dónde hallarte?» Y con rumbo retrogrado
Otra vez de la selva engañadora
Intríncase en el seno enmarañado;
Sus propias huellas affligido explora,
Y entre las matas ásperas camina
En que silencio funeral domina.

LXXXI.

«Caballos siente, oye el tropel, escucha
De horda perseguidora el alto aullido;
Ni de tiempo medió distancia mucha
Cuando nuevo clamor hiere su oído,
Y á Euríalo distingue, que relucha
En vano, de contrarios sorprendido:
Turbóle senda ambigua y sombra ingrata;
Y fuerza superior ya le arrebató.

LXXXII.

¿Cómo será que al mísero liberte?
¿Con qué armas defender podrá al amigo?
¿Entre heridas buscando honrosa muerte,
Arrojaráse en medio al enemigo?
¿Qué hará? Blande un astil con brazo fuerte,
Y á la Luna tomando por testigo,
Que alto su carro á la sazón regía,
En voz sumisa esta plegaria envía:

LXXXIII.

«¡Honor de los celestes luminares,
Custodia de los bosques, sacra Luna!
Si á Hirtaco, mi padre, en tus altares
Poner viste en mi nombre ofrenda alguna;
Si, cazador en selvas seculares,
Tu gloria acrecenté con mi fortuna
Tus bóvedas colgando de despojos,
Compasiva á mi afan vuelve los ojos!

LXXXIV.

»¡Oh! dame que ese grupo desordene,
Y á este dardo en el aire abre sendero!»
Orando así, con cuantas fuerzas tiene
Arroja el arma. En ímpetu ligero
El asta parte despedida, y viene,
Hendiendo sombras, á Sulmon frontero,
Y rómpese en su espalda, y la madera
Hecha astillas las vísceras lacera.

LXXXV.

Agobiado Sulmon rueda al instante,
Y con hondo estertor, trémulo, frío,
Las entrañas fatiga, agonizante,
Y de encendida sangre vierte un río.
No hay quien no torne á ver, quien no se espante.
Niso, entretanto, renovando el brío,
Puesto el brazo á la altura de la oreja,
A asestar otro tiro se apareja.

LXXXVI.

Temblando están del invisible amago
Todos, cuando otra vez dardo estridente
Llega, que ambas las sienas pasa á Tago
Y en su hendido cerebro hincase ardiente.
El causador no indaga del estrago
Llevado de la cólera Volcente,
Ni en quién le cumpla desfogarse mira;
Ciego salta, y bramando estalla en ira:

LXXXVII.

«Tu sangre ha de correr, quienquier que él sea;
Y en tí de entrambos tomaré venganza!»
Así diciendo, el hierro ya menea
Desnudo, y sobre Euríalo se lanza.
¡Lleno, á par, de terror, Niso vocea;
Fuera, también, de sí, Niso se avanza:
Más tiempo oculto estar no lo tolera
El duro trance, ni él callar pudiera.

LXXXVIII.

«¡Acá, acá, revolved! ¡yo soy!» les dice;
«¡Contra mi pecho encaminad la espada!»
¡Oh Rútulos! mirad que ese infelice
Nada osó hacer, ni hacer pudiera nada.
Todo yo lo tracé, todo lo hice.
Por los astros lo juro y la morada
Celeste. Fué su culpa, demasiado
Á un sin ventura amigo haber amado.»

LXXXIX.

Miéntras en vano así Niso clamaba,
Ya la amenazadora punta llega,
Y al costado de Euríalo se clava
Y el tierno pecho le destroza ciega.
Cae el triste, y la vida se le acaba:
Roja sangre sus blancos miembros riega,
Y, doblándose lánguida, reposa
Sobre los hombros la cerviz hermosa.

XC.

Tál flor purpúrea á quien tronchó el arado
 Desfallece á morir; tál la amapola
 Sobre su débil vástago doblado
 Inclina mustia la gentil corola
 Que la lluvia agobió. Desesperado
 Niso penetra el escuadron, y á sola
 La persona, entre todos, de Volcente
 Solicita su cólera impaciente.

XCI.

Acá y allá, ya aquel, ya este guerrero,
 Le resisten y estorban: él no cia,
 Antes á todos lados el acero
 Fulmíneo revolviendo ábrese via;
 Hasta que al fin al Rútulo, que fiero
 Gritando á la sazón la boca abria,
 Por ella adentro le escondió la lanza:
 Próximo así á morir tomó venganza;

XCII.

Y encima se desploma herido, inerme,
 Del muerto amigo á quien unió su historia,
 Y en paz allí su último sueño duerme.
 ¡Oh, felices los dos! si alguna gloria
 Puedo yo de mis versos prometerme,
 Siglos no eclipsarán vuestra memoria
 Mientras sustente inmoble el Capitolio
 El prez de Enéas y de Jove el solio!

XCIII.

Vencedores los Rútulos en tanto
 Recogido el botín, al campamento
 Exánime á Volcente van con llanto
 Conduciendo. Menor no es el lamento
 Que en los reales cunde, y el espanto,
 Cuando á Ramnete ven sin movimiento,
 Y tanto noble jefe á quien abrumba
 Comun calamidad: Serrano, Numa.....

XCIV.

Cerca á los que ó difuntos ó mortales
 Están, acude multitud ingente:
 Ven de espumosa sangre los raudales
 Y tibio aún de mortandad reciente
 El campo. Reconocen los marciales
 Despojos: de Mesapo allí el luciente
 Casco; allí el cinto, recobrado á un muerto,
 El rico cinto, de sudor cubierto.

XCV.

El áureo lecho de Titon la Aurora
 Tímida deja, entre celajes raya,
 Y ya su lumbre que horizontes dora
 Secretos descubriendo, el sol explaya
 Por el mundo. Con voz animadora
 Turno, no sin que él mismo armado vaya,
 Cual suele, de los pies á la cabeza,
 Al arma á todos á llamar empieza.

XCVI.

Á su voz cada jefe sus legiones
 Ferradas, en batalla ordena: ceban
 La rabia vomitando maldiciones;
 ¿Qué más? en astas que en el aire elevan,
 De los dos degollados campeones
 Los rostros clavan, y, á doquier los muevan,
 ¡Oh espectáculo! ¡oh bárbaro trofeo!
 Síguelos de la plebe el clamoreo.

XCVII.

De sus muros, en tanto, á la siniestra
 Los sufridos Troyanos aparecen;
 Protegidos del rio, á mano diestra,
 Sus anchas fosas á la par guarnecen.
 ¡Ah! de sus altas torres pasan muestra
 Al campo, ¡y cuán de véras se entristecen
 Viendo (ni cabe engaño) aquellos vultos
 Horribles con la sangre y blanco á insultos!

XCVIII

Alada en la ciudad la fama rueda,
 Y á la madre de Euríalo al oído
 Tristes cosas murmura. Ella se queda
 Pálida, sin calor y sin sentido:
 Va la aguja á los piés, se desenreda
 Cayendo de las manos el tejido.
 Mesando luégo la melena blanca
 Altos gemidos de su pecho arranca;

XCIX.

Y al muro, á la falange delantera
 Frenética ella corre, ella no cuida
 Que entre armas y varones acelera
 El paso, ni el peligro la intimida;
 Y de quejas despues hinche la esfera:
 «¡Que así te miro, ay hijo de mi vida!
 Tú, arrimo á mi vejez mísera y triste,
 ¡Cruel! ¿dejarme en soledad pudiste?

C.

»Pues riesgos ibas á correr tan graves,
 ¿Cómo no me avisaste la ardua empresa,
 Ni oí palabras de tu amor süaves?
 ¡No que hora en tierra ignota yaces, presa
 A los latinos perros y á las aves!
 Ni honrar me es dado, Euríalo, tu huesa;
 Que recoger no pude tus despojos,
 Tus heridas lavar, cerrar tus ojos.

CI.

Ni la ropa vestirte que de día⁷
 Yo y de noche labraba, mis pesares
 Consolando en la edad caduca mía.
 ¡Ay! ¿á dónde seguirte? ¿en qué lugares
 Tu destrozado cuerpo quedaria?
 ¿Y para esto por tierras y por mares
 Anduve acompañándote? ¿y es esta
 Vision cruel cuanto de tí me resta?

CII.

»¡Rútulos! si teneis piedad alguna,
 Todos aquí asestad; yo la primera
 Caiga; ¡matadme!... Ó tú de mi fortuna
 Duélete, ¡Padre de los Dioses! Hiera,
 Hiérame un rayo tuyo: esta importuna
 Memoria acabe: el Tártaro me espera;
 Precipítame allá, pues de otra suerte
 No es dado á esta infeliz que halle la muerte!»

CIII.

Lloran todos con ella; y ya al deseo
 De combatir, con el comun quebranto
 Las fuerzas van faltando. Actor é Ideo
 A la triste, que enciende duelo tanto,
 Acuden, por mandato de Ilioneo,
 Y de Yulo, que vierte largo llanto;
 Sustentándola en brazos se encaminan
 A su hogar, y en el lecho la reclinan.

CIV.

Óyese del clarín el són agudo;
 El canoro metal de alarma llena
 Los campos, y ya el aire, en ántes mudo,
 Con los ecos terríficos resuena.
 Formada ya la militar testudo
 De Volscos el ejército se ordena,
 Y á cubrir apercíbese en batalla
 El ancho foso y á arrancar la valla.

CV.

Buscan unos entrada, y por escalas
 Á trepar se dirigen á la parte
 Do las haces parece estar más ralas
 Que coronan el muro y baluarte.
 Se arman los Teucros á su vez; tan malas
 Armas no habrá que no utilice el arte,
 En que ya los formó la patria tierra,
 De guardar plaza fuerte en larga guerra.

CVI.

Picas vibran, y aún vuelcan ya pedrones
 Cuyo peso del Rútulo consiga
 Romper los defendidos batallones.
 ¿Y qué? ¿será que conllevando él siga
 Tan rudos golpes sin sufrir lesiones
 Bajo la densa concha que lo abriga?
 No; ni el número basta. ¿Veis do ileso
 Marchando viene el peloton más grueso?

CVII.

Pues ya á esa parte misma risco horrendo
 Los Troyanos arriman, ruedan: postra
 Anchamente á los Rútulos cayendo
 Y desbarata su ferrada costra.
 La muchedumbre audaz, retrocediendo,
 Tal lluvia en ciego asalto más no arrostra,
 Y á los sitiados á ofender aspira
 Sólo con flechas que de léjos tira.

CVIII.

Ostentando á su vez Mezenio insano
Su catadura amenazante y fea,
Viene por otra parte, y en su mano
Etrusco pino tenebroso humea.
Mesapo, prole de Neptuno, ufano
Porque indómitos potros señorea,
El vallado tambien romper decide
Y escalas ya para los muros pide.

CIX.

¡Oh Calíope! ¡oh Musas celestiales!
¡Inspirad al cantor! Cuántos encierra
Estragos ese campo funerales,
Decid; á quiénes Turno echó por tierra,
Y otros á otros tambien, cuáles á cuáles;
Desenrollad el libro de la guerra,
Y mi vista contemple aquellos hombres:
¡Vosotros los sabéis, decid sus nombres!

CX.

Con arduos puentes á asombrosa altura
En oportuno sitio al aire vano
Erguíase una torre. Se conjura
A embestirla el ejército italiano
Con extremado alarde de bravura.
En agolpados grupos el Troyano
Defiéndela con piedras, y á porfía
Por troneras abajo armas envía:

CXI.

Turno osado, primero en los primeros,
Tira una hacha encendida, que se pega
A un lado de la torre: á los maderos,
Acrecentada por el viento, llega
La llama devorante. Los guerreros
Que adentro ven el gran peligro, en ciega
Confusion á salvar corren la vida,
Buscando en vano y de tropel salida.

CXII.

Y en tanto que se agolpan, en su anhelo,
Á un punto ajeno al fuego, se derrumba
Súbito por su peso el fuerte: el cielo
Con fragoroso estrépito retumba:
Y vienen, medio exánimes, al suelo,
No sin que la alta mole en pos sucumba,
Transfijos por sus armas los soldados
Y de duras astillas lastimados.

CXIII.

Á todos el tremendo golpe acaba,
Salvo á Helénor y á Lico. En años era
Tierno aquél: en secreto, de la esclava
Licimnia al rey Meonio le naciera;
A la guerra de Troya, aunque le estaba
Vedada, ella envióle. De ligera
Armado, iba inglorioso, con desnudo
Acero, y sin divisa el limpio escudo.

CXIV.

El cual mirando acá, y allá, y doquiera,
Mil haces que le estorban la salida,
Determina morir. Como la fiera
Que de perseguidores circuida
En densa red, contra la opuesta hilera
Se embravece en furiosa arremetida,
Y de un salto sin miedo ni esperanza,
Por cima de los dardos se abalanza;

CXV.

Así Helénor se arroja, y donde advierte
Más densa la erizada tropa, fiero
Entrando por allí corre á la muerte.
Lico miétras, más que él de piés ligero,
A una fuga veloz fia su suerte
Entre tanto enemigo hórrido acero;
Trepaba al muro, cubierto de Troyanos,
Y alto asidero busca, amigos manos.

CXVI.

Á la carrera Turno y con la lanza
Habiéndole seguido, ya cercano
Le mira, ya sobre él victoria alcanza.
«¡Qué! ¿de librarte de mi fuerte mano
Concebiste, demente, la esperanza?»
Dice, y cogiendo al que trepaba en vano,
No sin parte del muro á que se aferra
A síle trae y le derriba en tierra.

CXVII

Con uñas corvas por el vago viento
Á blanco cisne, así, ó á liebrezuela,
La armígera de Jove al firmamento
Arrebata feroz, y encima vuela;
Y al corderillo así, que anduvo á tienta,
Por quien la baladora madre anhela,
Roba el fiero animal que sirve á Marte.
Ya clama el sitiador por toda parte;

CXVIII.

Corre y los fosos terraplena, y pega
Antorchas á los muros, con desprecio
Del peligro de muerte á que se entrega.
A las puertas terrífico Lucecio
Llamas vibrando amenazante llega.
Venir le mira, y un peñasco recio,
Como roca de monte desprendida,
Lanzó Ilioneo, y él rindió la vida.

CXIX.

Ligro en Ematio, Asila en Corineo
(Hábil uno en lanzar venablo fuerte,
Otro, falaz saeta) atroz deseo
Sacian. Ceneo á Ortigio da la muerte;
Turno derriba al vencedor Ceneo,
Y á Itis, á Dioxipo deja inerte,
Y á Prómolo, y á Clonio, y á Sagares,
Y á Ida, que guardaba altos lugares.

CXX.

A Priverno quitó Capis la vida.
 Habíale primero rasguñado
 Temílas con su lanza. Él, que á la herida
 Fué la mano á llevar. desacordado
 Tira el escudo. En alas conducida
 Vino una flecha, y al izquierdo lado
 Clava su mano, entra, la entraña hiere
 Que aire recibe y da, y el triste muere.

CXXI.

Arcencio, el de figura señalada,
 Allí, de ibera púrpura luciente,
 Su rico arnes y clámide bordada
 Mostraba. (Le envió su padre Arcente
 De la selva á la madre consagrada,
 Do le criara, á par de la corriente
 Del Simeto, que ve en ofrendas rico
 El altar propiciable de Palico.)

CXXII.

Así como tan bellas galas mira,
 Dardos suelta Mezencio, honda estridente
 Toma, y tres veces la sacude y gira
 En torno á su cabeza, y al de Arcente
 Encaminando la amenaza, tira
 Eala, forjada ya de plomo ardiente,
 Y ambas sienes le pasa, y de la almena
 Le hace caer á la tendida arena.

CXXIII.

Entónces dicen que por vez primera
 Arco y flechas el príncipe troyano,
 Temidas ya de fugitiva fiera,
 Usó en guerra homicida; y por su mano
 Mató á un fuerte guerrero, de quien era
 Rémuló sobrenombre al de Numano,
 Y por mujer, de Turno, poco hacía,
 A la hermana menor tomado había.

CXXIV.

El cual amenazando horrenda tala
 Va delantero, y del reciente enlace
 Haciendo y de sus fuerzas muestra y gala;
 Y clama audaz cuanto decir le place:
 «¡Oh pobres Frigios, los de suerte mala!
 ¿Tercer asedio enrojecer no os hace?
 ¿Y pensais que os serán reparo fuerte
 Frágiles tablas contra instante muerte?

CXXV

»¡Y tal linaje en actitud guerrera
 Nuestras esposas pide, ó nuestras vidas!
 ¿Qué Dios os trajo, ¡miseros! qué fiera
 Demencia á Italia? Aquí no hallais Atridas
 Ni enlabiador Ulises os espera;
 Antes lo habreis con gentes aguerridas
 Que su prole, al nacer, al río llevan,
 Y de agua y hielo en el rigor la prueban.

CXXVI.

»Juventud es la nuestra que se emplea,
 Fatigando los montes, en la caza;
 Que en manejar el arco se recrea,
 Que en domeñar caballos se solaza.
 No hay duro empeño á que inferior se vea:
 Sobria, sufrida, inquebrantable raza,
 Ó con rastro tenaz doma la tierra
 Ó bate muros en abierta guerra.

CXXVII.

»Hierro es en todo tiempo nuestra usanza:
 Si movemos la tierra, al buey tardío
 Con el cuento agujijamos de la lanza:
 Ni gustos muda ni el nativo brío
 Edad propecta á quebrantar alcanza;
 Yelmos dan á las canas atavío:
 Mozo y viejo á la par conquistas hacen,
 Y en vivir de despojos se complacen.

CXXVIII.

»Vosotros, los de ropas en que arde
 Con el zafran el múrice de Oriente,
 Teneis por dentro un corazon cobarde:
 Es vuestra ocupacion ocio indolente,
 Voluptuosa danza es vuestro alarde:
 Con el frigio tocado ornais la frente,
 De cintas rodeándola y de lazos,
 Y en blandos pliegues enredais los brazos.

CXXIX.

»¡Oh Frigias, más que Frigios! ¡Id! Guarida
 Alta el Díndimo os abre: á sus parciales
 La flauta berecintia allá convida
 Con la usual melodía; y los timbales
 No ois de la Deidad que reina en Ida?
 Id al báquico estruendo, y las marciales
 Luchas dejad á varoniles pechos;
 A llevar armas no alegueis derechos!»

CXXX.

Á vueltas de sus fieros y blasones
 No en calma Ascanio á tolerar se avino
 Del jayan los dicterios y baldones:
 Tiende el arco y atrae el nervio equino,
 Los brazos en contrarias direcciones
 Esforzando; mas, ántes que camino
 Dé su mano á la flecha voladora,
 Los ojos alza y reverente ora.

CXXXI.

«¡Oh Jove omnipotente! así me ampare
 Y premies con el éxito que imploro
 Mi empeño audaz; y ofrezco á tus altares
 En sacrificio un jóven y albo toro
 Que ya á las astas de su madre, pares
 Yerga las suyas, retocadas de oro,
 Que muestre corneando su ardimiento
 Y polvo con los piés esparza al viento!»

CXXXII.

Oyóle el Padre complacido, y truena
 Á izquierda mano, despejado el cielo.
 Descargándose al punto el arco suena,
 Y disparado el homicida telo
 De la cuerda tirante se enajena,
 El aire rasga en estridente vuelo,
 Llega, y traspasa con el hierro insano
 Las sienes cavernosas á Numano.

CXXXIII.

«¡Anda, soberbio; y al valor regala
 Con burlas que el castigo desafían!
 Los pobres Frigios, los de suerte mala,
 Esta respuesta á tu arrogancia envían.»
 Conciso Ascanio así su furia exhala.
 Los Teucros, que admirados le veían,
 En aplauso triunfal su nombre elevan
 Y al cielo la esperanza en alas llevan.

CXXXIV.

Desde un punto sereno de la esfera
 En una nube, sobre el aura pura,
 Apolo, el de la hermosa cabellera,
 Miraba en ese instante por ventura
 El fiero asalto y la defensa fiera,
 Y á Yulo vencedor así conjura:
 «¡Bien hayas, jóven de inmortal destino!
 ¡Sigue! ¡ése es de los astros el camino!

CXXXV.

»¡Bien hayas, nieto ya, y futuro abuelo
 De Dioses! Cuanta guerra el hombre enciende,
 Trocarse en paz verá dichoso el suelo
 Reinando tu familia. A tí no extiende
 Troya su hado cruel.» Dice, y del cielo,
 Rasgando el aire vibrador, desciende
 A Ascanio, y de sus formas se desnuda,
 Y el rostro en el del viejo Bútes muda.

CXXXVI.

El cual del noble Anquíses escudero
 Y su fiel guardapuertas fuera un día;
 Tiempos despues lo dió por compañero
 A Ascanio Enéas, y por útil guía.
 En la blanca cabeza y ceño austero
 Apolo, andando, á Bútes contrahacia,
 Y en la voz y el color y la apostura,
 Y en el bronco sonar de la armadura.

CXXXVII.

Y á Yulo enardecido, «¡Hijo de Enéas!
 ¡Basta!» dícele el Dios, «basta á tu gloria
 Que así á Numano castigado veas
 Bajo tu brazo. Esta primer victoria
 Apolo te concede, y, que le seas
 Émulo ya en el arma venatoria,
 No mira, no, con voluntad aviesa.
 Mas tú ya en el combate, ¡oh niño! cesa..»

CXXXVIII.

Trunco el discurso, y la mortal figura
Deponiendo, á los ojos se evapora
El Dios, raudo cruzando el aura pura.
Descubrióse en la fuga voladora:
Leve han visto los jefes su armadura,
Y áun su aljaba alejarse oyen sonora;—
Y obedécenle ya: de la pelea
Apartan al garzon, que la desea;

CXXXIX.

Y al peligro otra vez sus corazones
Presentan. Por los muros va en aumento
El bélico clamor. Fuertes varones
Tienden el arco, ó del revuelto amiento
Tiran sus jabalinas y lanzones.
Todo de armas se cubre el campamento.
Huecos yelmos doquier suenan y escudos
Con choques leves y con golpes rudos.

CXL.

Arrecia por momentos la batalla.
Naciendo las Cabrillas, de Occidente
Así tambien azotadora estalla
La lluvia; con granizo así estridente
Fiero turbion el piélagos avasalla
Cuando el Eter, con austros inminente,
Empuja acuosa tempestad, y el trueno
A las cóncavas nubes rompe el seno.

CXLI

Pándaro y Bícias, de Alcañor de Ida
Hijos, criados por la agreste Hiera
En la selva de Jove (en tal guarida
Ni arduo abeto ni cumbre hubo altanera
Que á aquellos mozos superior se mida),
La puerta que á guardar el Rey les diera
Abren; y en su gran fuerza ambos seguros,
Retan al enemigo á entrar los muros.

CXLII.

Á un lado y á otro armados aparecen
Adentro, á fuer de torres, con cimera
En que altivos plumajes resplandecen.
Tal orillas del Po, ó á la ribera
Del Atesis ameno, iguales crecen
Dos encinas de intonsa cabellera,
Y, el pié afirmando en el bañado suelo,
Mueven la vana cresta allá en el cielo.

CXLIII

Los Rútilos, la entrada al ver patente,
Se lanzan. Cada cual con su cohorte,
Sin más tardar avanzan ya: Quercente,
Y Aquícolo, en las armas y en el porte
Hermoso, y Tmaro, de ánimo vehemente,
Y Hemon, alumno del feroz Mavorte:
Estréllanse en su arrojó, y los primeros
Dejan en el umbral vidas y aceros.

CXLIV.

Y, siguiendo á sus jefes los soldados,
Ya espaldas vuelven los que atras venian;
Mas cobra la ira hostil mayores grados,
Y otra vez atacar tal vez porfian.
Por su parte los Teucros, agolpados
Hácia aquel punto, más y más confian;
Y salen, y alejados de la puerta,
Persiguen al contrario en liza abierta.

CXLV.

El rey Turno que, en otra parte, insano
El espanto y la muerte á muchos lleva,
Oye que encarnizándose el Troyano
A abrir sus puertas orgulloso prueba;
Del asalto emprendido alzando mano,
Con ira que sus ímpetus renueva
Acude, acorre á la patente entrada
Por gemelos gigantes custodiada.

CXLVI.

Y á Antífate ante todos, que gallardo
Ante todos también la planta mueve
(Del alto Sarpedon hijo bastardo
Que le nació de una mujer de Tebe),
De itálico cerezo arroja un dardo
Que en su garganta, hendiendo el aura leve,
Va á hundirse: ancha la herida brota un río,
Y arde, hincado al pulmon, el hierro impío.

CXLVII.

A Afidno luégo, á Mérope, á Erimante
Rinde, y á Bícias, que amenazas pára
Rugiente, con mirada centellante;
Contra venablos el arnes le ampara.
Ni azagaya lanzó Turno al gigante;
Con zumbadoras cuerdas le dispara
Falárica mortal cual rayo fiero:
A su empuje el taurino doble cuero,

CXLVIII.

Y áun con dobles escamas de oro fino
La fiel loriga resistir no pudo:
Desmayado el gran cuerpo al suelo vino,
Tembló la tierra y retumbó el escudo.
Con golpe así y estruendo repentino
Yerto pilar que giganteo y mudo
En ántes dominara el mar de Bayas,
Cae tal vez en las soberbias playas,

CXLIX

Y rueda así con ímpetu y rüina
Y en el fondo del piélagos se ensena:
Toda se turba la extension marina
Al impulso, y resurte negra arena;
Y estremécese Prócida vecina
Desde su asiento, y con espanto truena;
Truena el áspero lecho de Inarime,
Donde á Tifeo Júpiter oprime.

CL.

Entónces Marte armipotente asiste
Y enérgicos estímulos añade
A los Latinos, y de ardor los viste
(A los Troyanos á la vez invade
Con Pavor tenebroso y Fuga triste);
Y ya, porque en sus almas se persuade
El Dios guerrero y á la lid los guía,
Invasores acuden á porfía.

CLI.

Como, postrado el cuerpo y la faz muerta,
Al hermano infeliz Pándaro mira
Y el mal suceso ve, cierra la puerta;
Ella al empuje vigoroso gira:
Con sus hombros anchísimos cubierta
El la tiene por dentro, y en su ira
A muchos de su gente allende el muro
Mezclados deja en el combate duro.

CLII.

Á otros, empero, de tropel, consigo
Adentro recibió. ¡Ciego y demente!
Que no ha echado de ver cómo al abrigo
De aquella confusion, entre la gente
El jefe del ejército enemigo
Siguiendo impetüoso la corriente
Penetra, como tigre despiadado
En medio de pacífico ganado.

CLIII.

Entran, pues. Mas de súbito á sus ojos
Brilla extraña vision: altos se mecen
Sobre yelmo gentil crestones rojos;
Crujen hórridas armas que estremecen,
Y luz fiero broquel vibra á manojos...
Al punto aquel semblante que aborrecen,
Y aquel brazo feroz que temen tanto,
Los Teucros reconocen con espanto.

CLIV.

Pándaro, en el furor á que la muerte
De su mísero hermano le arrebató,
Alzase entónces corpulento y fuerte,
Y «El palacio dotal no ves de Amata,»
Exclama, «ni Árdea es ésta que á tenerte
Abre el recinto de sus muros, grata
A un hijo vencedor. ¡Turno! has entrado
En campo hostil, y ya salir no es dado!»

CLV.

Y Turno, con sonrisa de bonanza:
«Mide, pues, esa diestra con la mia,
Y á Priamo dirás que en mi pujanza
Otro Aquiles topó tu cortesía!»
Con nudos y corteza áspera lanza
Pándaro desembraza; la desvía
Juno en su vuelo: á herir el hierro acierta
Los aires sólo, y se clavó en la puerta.